

Princesa de bata blanca

Ernestina Reyes Navarro, fundadora de la Nefrología Pediátrica en Sancti Spiritus, encontró en la Medicina su mayor pasión gracias al triunfo revolucionario

Yanela Pérez Rodríguez

“¿Tú tienes familia en Villa Clara?”, le preguntó quien tenía la intención de ser benévolo con la ubicación laboral, hasta ese momento predeterminada para Las Villas. “En Cifuentes”, respondió ella. Él miró los papeles. Sintió conformidad al decirle: “¡Ah!, en Cifuentes hace falta un relevo”. “Pero no me mandes para allá”, solicitó la muchacha apenas su interlocutor pronunció la última palabra, dueña de esa determinación que la haría célebre. “Está bien, te voy a mandar para Sancti Spiritus”, consintió.

Han transcurrido más de cuatro décadas desde el día en que Ernestina Reyes Navarro supuso que comenzaría su vida como doctora en un municipio espirituario y hasta su papá le repasó los nombres de cada demarcación para que se familiarizara con la geografía de ese territorio. Pero para su sorpresa le aguardaba una plaza en el cuerpo de guardia del hospitalito de Colón, hoy Hospital Pediátrico José Martí Pérez, ubicado en la misma ciudad del Yayabo.

El empuje de aquella recién graduada no ha cambiado, aunque se supone que a los 74 años al menos duelan las piernas de tanto velar por la salud de los pacientes; sin embargo, solo es más lento su andar.

Sentada en una butaca, la fundadora de la Nefrología Pediátrica en Sancti Spiritus examina toda su vida a petición de *Escambray*, en medio del murmullo de estudiantes y colegas que intercambian mientras escriben en las historias clínicas e indican análisis complementarios.

¿Por qué no quiso que la ubicaran en Cifuentes, donde estaban sus padres, hermanos, el hogar?

No sé..., es que cuando yo estaba estudiando en La Habana en tercer año de la carrera me tocó hacer un mes de asistencial allá y creo que no me sentí cómoda, quizás porque las personas me conocían. Yo soy villaclareña, pero me siento espirituaña. Te lo digo de todo corazón: las relaciones, el trato, la manera en que me acogieron a mí en esta ciudad no es ni parecida. Posteriormente decidí que me quedaría a vivir aquí.

LA MEDICINA COMO UNIVERSO

Narra con elocuencia cada etapa de su vida. Reconocida como maestra de maestros, la profe de tantas generaciones de médicos recuerda los días en que cada padecimiento incógnito era una noche de estudio. “Éramos dos posgraduados en el cuerpo de guardia, y teníamos que enfrentar todas las patologías, la cantidad de pacientes era inmensa, de toda la región, todavía Sancti Spiritus no era provincia. Al especialista que estaba de guardia localizable lo consultábamos



“Aunque soy villaclareña, me siento espirituaña”, manifiesta la profe. /Foto: Vicente Brito

cuando ya no quedaba más alternativa, teníamos que atender hasta Neonatología; 42 años atrás, te puedes imaginar cómo estaba la Medicina, hubo un avance muy grande desde que yo me gradué hasta la actualidad”.

Los niños son siempre una prioridad y los recursos estaban escasos...

“A mí siempre me gustó la Pediatría, al llegar aquí y estar en contacto directo con los niños me di cuenta de que era eso lo que quería. Nosotros estudiábamos por la noche las patologías de los pacientes que dejábamos en la sala para hacer un planteamiento diagnóstico al otro día. Trabajábamos con muchísimo cariño y cuando tú trabajas con amor, aunque en ese momento no cures al enfermo, al menos la persona se siente satisfecha. Nosotros le tenemos mucho amor a la carrera, la generación de ahora también la tiene, pero en aquella época era todavía más por algo que yo le digo a los jóvenes: ellos no conocieron lo que es el capitalismo y no saben lo que tienen en sus manos; a pesar de que lo tienen todo, piensan que les falta todo”.

¿De qué manera usted inició un camino particular tempranamente dentro del contexto médico espirituaño?

“Durante la especialidad que hice en Santa Clara me interesó la Nefrología y a mi regreso al hospitalito, ya como especialista de primer grado en Pediatría, en 1982, aquí no había sala de Nefrología. Entonces yo le dije a Luis Sáenz, el director, que si había posibilidad de que me diera un cubículo para tener separados a los niños que tenían un diagnóstico de este tipo de enfermedades y él accedió”.

Después de conquistar aquel espacio único para las enfermedades renales de los infantes, comenzó una nueva conquista: la del conocimiento. La capital cubana se convirtió otra vez en el destino, en esta ocasión para recibir varios cursos de entrenamiento, hasta que llegó el diplomado de Nefrología, aunque leería cuanto libro le facilitaron. Incluso las relaciones profesionales con médicos del Instituto de Nefrología de La Habana le posibilitaron consultar las dudas que surgirían en la cotidianidad.

¿Cómo maneja las complicaciones de sus pacientes?

“Primeramente se les dice a los padres que su niño tiene una enfermedad crónica renal, que no hay un medicamento que la cure, que hay que tratar de prolongar la evolución de la enfermedad, ya que en un final implica el trasplante, si el niño tiene capacidad para entenderse se habla con él. Hay que explicarles todos los detalles a los padres, hasta dónde puede llegar el estudio aquí en Sancti Spiritus, nos apoyamos también en los psicólogos, hay que tratarlos como si fueran familia propia”.

Maternidad y Medicina son dos carreras sin horarios...

“Mi esposo venía cada 15 días porque trabajaba en La Habana, hasta que se jubiló a los 60 años, así que siempre estábamos solas la niña y yo, no podía hacer guardias por la noche porque no tenía con quién dejarla, pero cuando hacía guardia de día mis vecinos, muy buenos vecinos, me la recogían de la escuela por la tarde. Unos años después mi sobrina vino a estudiar Medicina y pude incorporarme como deseaba a las guardias de 24 horas, porque ella me la cuidaba. A pesar del cansancio por las guardias los fines de semana la llevaba al parque infantil, a las piscinas...”.

Ernestina Reyes confiesa sentir que le inyectan adrenalina cada día en el ejercicio de la profesión. La familia también está en el pediátrico: su hija como licenciada en Histopatología y la sobrina es médico intensivista. Un instrumental de Richard Clayderman, sembrar plantas o jugar con su nieta embelesan su espíritu lejos de la bata blanca. Guardado como reliquia invendible, el Moskovich que le regaló Fidel al regresar de la misión de Angola en 1977.

Durante nuestra conversación usted ha dicho varias veces que su punto de partida es la Revolución, ¿cómo experimentó ese proceso?

Yo estudié hasta la primaria y mi papá, que era campesino pobre, no pudo pagar un peso mensual para que estudiara Corte y costura, así que estuve tres años vagando en mi barrio de un lado para otro sin hacer nada. Cuando triunfó la Revolución yo tenía 15 años. Para mí el Primero de Enero de 1959 fue como si una varita mágica me convirtiera en la princesa que entonces pudo ir al baile; lo que era imposible se hizo realidad.



El magisterio es una gran pasión, aseguran. /Foto: Carlos L. Sotolongo

Pedagogía en sangre

María Caridad y Migdalia, madre e hija, comparten el placer de educar a las nuevas generaciones

Lilian Arlety Toledo Soris*

“Mi vocación desde niña siempre fue ser maestra”, recuerda María Caridad Marrero Manresa y retorna a sus primeros tiempos en el ejercicio de tan noble profesión cuando, dice, “colocaba pequeños pomos de medicina uno al lado del otro y esos eran mis alumnos”. Ahora, blanca en canas, cariñosa como debe ser cada maestro y moldeada por la experiencia, esta profesora enseña llena de voluntad, siempre sonriente y dispuesta a ayudar a sus estudiantes.

Pero esta no es solo la historia de quien entregara toda su vida al magisterio, sino una historia de dos, una historia compartida, el sueño posible que brotó del vientre mismo de Caridad, una de sus hijas que da continuación al ejercicio pedagógico.

La joven Migdalia López Marrero, la tercera de los cinco hijos de Caridad, decidió seguir los pasos de su madre y convertirse en una excelente profesora, dedicada completamente al magisterio: “Desde pequeña mi madre me llevaba al círculo, yo la ayudaba con los niños. Fue creciendo el deseo de convertirme en maestra y ser como ella. Nunca nos separábamos, cuando la tenía lejos lloraba por estar a su lado, siempre la imitaba y su ejemplo fue primordial”.

La muchacha cumplió misión internacionalista en Venezuela por dos años y cuando regresó encontró a su madre enferma, quizás de tanto extrañarla. Migdalia terminó la licenciatura en Informática Educativa Integral y hasta la ejerció un tiempo, mas decidió regresar al aula.

“No tengo hijos, pero cuando llego a casa ya me siento realizada, pues he cumplido con mi deber: he enseñado y educado. Disfruto dar clases, si no lo hago no me siento bien. Imparto de primero a sexto grados para dar seguimiento a los estudiantes de mi mamá”.

Al comenzar a trabajar al lado de su madre, una educadora experimentada, ¿sintió algún tipo de presión?

“No, mi madre siempre me ayuda y trata de aconsejarme. Incluso, en el trabajo no la llamo mamá sino por su nombre. En la casa sí es mi Yiye, un apodo de cariño. Ambas mantenemos la categoría evaluativa de Muy Bien. Somos destacadas en el trabajo y seguiremos así”.

A pesar del tiempo transcurrido, la experimentada María Caridad Marrero

aún recuerda sus inicios, cuando se becó a los 11 años en la escuela Ana Betancourt de La Habana. Luego continuó su formación como maestra en Minas de Frío, en 1966.

“Ya en 1967 me casé y tuve cuatro hijos que luego serían cinco, pues decidí adoptar. En el año 1976 reinicié mi carrera y me hice maestra. Fui voluntaria en una finca llamada Gaviña en las lomas del Escambray. En ese tiempo tuve la oportunidad, la felicidad y la dicha de conocer a Fidel. Fue la primera vez que lo vi, conversó mucho con nosotros y los estudiantes, jamás olvidaré su personalidad enérgica y amable”.

Esta mujer ya acumula 42 años en el sector educacional. Dirigió círculos infantiles por cerca de dos décadas y se reincorporó a las aulas hace 11 años. Prefiere la enseñanza preescolar. “Es la más linda que hay”, sostiene.

¿Qué tipo de maestras se consideran: estrictas o cariñosas?

“Mantenemos un balance, somos profes rigurosas algunas veces y otras, no tanto. El niño necesita rigor, pero también cariño, hay que ser paciente. Si actúas con demasiada rigurosidad puede que reaccione de manera agresiva. Desde la hora en punto que un niño no respeta a su profesora no hay resultados en la educación, por ello hacemos que nos respeten de una buena manera: a través del juego, creando vínculos con ellos. No solo les enseñamos los conocimientos básicos, sino también los educamos para que sean hombres de bien”, asume María Caridad.

El amor por la Pedagogía de este dúo va más allá de la jornada laboral: la madre imparte clases los domingos en la Iglesia; mientras que la hija después de su horario docente enseña kárate como activista del Inder, sin devengar salario alguno.

¿Cómo quisieran que sus alumnos las recordaran?

“Nos gustaría que nos recordaran siempre alegres, exigentes, agradables, como sus primeras maestras...”, responden con las voces entrecruzadas. “En estas edades crean un lazo muy fuerte con nosotras y lo que digamos para ellos es ley. Muchas veces los escuchamos decir: ‘Mi maestra dice que...’. Quisiéramos que todo lo que les enseñemos lo apliquen en la vida. Las primeras maestras nunca se olvidan, llegamos para quedarnos”.

*Estudiante de Periodismo